

su hijo un principado alemán, sino que además había adquirido en las comarcas católicas del Rin una influencia que podía ser de gran importancia para el porvenir.

Menos contenta se mostró del viaje del emperador a Rusia, á pesar de que tenía por objeto inmediato contrarrestar la política de Prusia, pues no deseaba exacerbar al rey prusiano; y por eso llamó á aquel, infausto acontecimiento. Kaunitz la tranquilizó; José, por mediación del embajador ruso, manifestó á la zarina (1) el deseo de avistarse con ella durante el viaje para poder conocerla personalmente. La zarina acogió con gusto la demanda y señaló como punto para encontrarse la ciudad de Mohileff, en la Lituania. El emperador había hecho declarar expresamente que su viaje no tenía ningún objeto político; pero nadie dió crédito á esta declaración, pues él mismo, en 1774, había manifestado el deseo de promover mayor aproximación entre el Austria y la Rusia. La corte francesa creyó que el emperador se proponía destruir la alianza contraída por el rey de Prusia; que José pensaba, en unión de Rusia, conquistar algunas provincias turcas y que el príncipe Potemkin veía en José un aliado voluntario para una futura guerra contra Turquía. El canciller de Estado aconsejó al emperador dijera á la zarina que el Austria no pensaba en una nueva guerra contra Prusia y menos en un plan interesado en Polonia. El motivo principal del viaje se dijo que era conseguir que la zarina formara un buen concepto del futuro soberano de Austria y se estrechara todo lo posible la amistad que antiguamente entre ambos Estados existía. José, sin embargo, no se limitó á estas instrucciones y siguió sus propios impulsos. En 26 de abril salió de Viena y en 2 de junio, después de haber pasado por la Galitzia y por Kieff, llegó á Mohileff, á donde acudió la zarina el día 4 del propio mes, permaneciendo cuatro días en aquella ciudad. La entrevista fué muy cordial por ambas partes; pero la zarina se mostró muy reservada en punto á cuestiones políticas, y solo dió á entender la sospecha de si el emperador codiciaría la posesión de la Italia y especialmente de Roma, á lo cual José contestó en tono de chanza. Por lo que se refería al rey de Prusia, dijo únicamente la zarina que había envejecido, se había vuelto malhumorado y se dejaba guiar demasiado por personas de poca altura. Cuando la zarina invitó al emperador á que la acompañara á San Petersburgo, hizo José una excursión á Moscou llegando á San Petersburgo el 28 de junio y permaneciendo en esta ciudad tres semanas. Quería atraerse al gran duque y al ministro Panin, pero se encontró, en las cuestiones políticas, con la misma reserva que había guardado la zarina. Habiendo renovado Catalina su insinuación acerca de Italia, dijo Potemkin que el emperador podría prometer, por lo menos, que no contraería alianza alguna con Turquía contra la Rusia y José contestó que así lo prometería con tal que Rusia tampoco tomara parte en una guerra contra el Austria. El acuerdo y convenio sobre este punto se dejaron á la deliberación de los respectivos ministros. No se hizo ninguna promesa formal, pero el emperador, como decía muy bien el embajador inglés, se había conquistado un puesto en el corazón de la zarina. María Teresa definía el resultado del viaje en una carta que dirigió á la reina de Francia, y en la cual le decía: «Nada se ha negociado, pero parece que ha tenido la suerte de destruir las falsas y arraigadas preocupaciones que contra nosotros existían.» José, á su regreso, mantuvo una animada correspondencia con la zarina, durante la cual se prodigaron mutuamente grandes alabanzas y cumplidos. La misión de atender á la amistad política quedó confiada al embajador Cobenzl y en 1781 se firmó la alianza austro-rusa.

(1) 1.º de febrero de 1780.

En los acontecimientos de los diez últimos años de la política exterior del Austria que hemos descrito, no se nos presenta María Teresa como la enérgica soberana absoluta que al principio de su reinado había sido la admiración de toda la Europa. Solo en la cuestión de la sucesión bávara había puesto fin á la guerra por su propia decisión. Con los años había perdido sus fuerzas y su desembarazo; llamábase á sí misma «la vieja» y se quejaba de las cosas y de las personas. Su inteligencia conservaba toda su lucidez; trabajaba sin descanso, y cuando se ponían en juego los intereses de su casa, brillaba el fuego de su alma; pero á pesar de todo, ella misma preveía que su vida se acercaba ya á su término. «Mi salud decae rápidamente, y no puedo creer que mi existencia dure mucho,» escribía en 3 de noviembre de 1780 al embajador austriaco en París. Su principal enfermedad era el asma; pero sus hijos no temían ningún peligro, porque hasta entonces había logrado vencer todas sus enfermedades. En 8 de noviembre de 1780 asistió en Schönbrunn á una cacería de faisanes, pero regresó á palacio muy mojada: su tos fué desde entonces mas intensa, tuvo ataques de sofocación y en 24 de noviembre su médico, el profesor Störck, no pudo ocultar ya el peligro. Una noche en que el emperador decía á su madre que se entregara al sueño, contestóle María Teresa: «¿Quereis que duerma cuando estoy esperando de un momento á otro ser llamada por mi Juez?» Ninguna palabra de queja ni de impaciencia salió de sus labios: poseidos de la mayor desesperación se encontraban á su lado sus hijos é hijas, que en los últimos días se habían reunido con ella: el emperador José, el archiduque Maximiliano, el duque Alberto de Sajonia Teschen, su esposa María y las archiduquesas Mariana é Isabel. En 29 de noviembre agravóse su estado; se despidió de sus hijas con las mas tiernas palabras; y en la noche del mismo día (29 de noviembre de 1780) murió tranquila y sosegada delante de sus hijos. Su cuerpo fué enterrado en 3 de diciembre en la cripta del convento de los capuchinos con toda la sombría pompa tradicional. La ciudad de Viena, que tanto había querido á su soberana y princesa, no mostró el sentimiento que era de esperar, y la multitud presenció el entierro con cierta indiferencia. Díjose, con este motivo, que el último impuesto sobre las bebidas había irritado al pueblo bajo; pero los escritos de los embajadores y de otros contemporáneos dicen, sin embargo, que el sentimiento fué grande, y aun actualmente la memoria de María Teresa está viva en el pueblo. El emperador se mostró muy afligido: «La horrible desgracia, escribía á Kaunitz, que sobre mí ha caído, ya os debe de ser conocida, caro príncipe. He dejado de ser hijo cuando el serlo era precisamente lo que yo creía mejor. Seguid siendo mi amigo, mi apoyo, mi director; ayudadme á llevar la pesada carga que sobre mí ha venido á pesar. Ya sabeis en cuánta estima os tengo.» José cumplió el testamento de la emperatriz de 15 de octubre de 1780 en todas sus partes; pero satisfizo los legados con 1.200,000 florines de su patrimonio particular, no de las cajas del Estado.

María Teresa, durante los 40 años de su gobierno defendió al Estado austriaco, lo robusteció y trasformó dándole nueva vida, de suerte que las raíces del gobierno teresiano llegan hasta nuestros días. Ciertamente que, en los últimos años, se había estacionado, que de las antiguas libertades las mejores fueron destruidas y que el fanatismo religioso, protegido por la noble princesa, se extendió considerablemente; cierto que ella misma calificó de intranquilo su reinado; pero el tacto con que lo apaciguó todo, la reconcilió con sus enemigos y contentó al pueblo. Como soberana, ha sido tan célebre como Isabel de Inglaterra y Catalina de Rusia; como mujer y como madre, fué mas dichosa que estas y su vida de

familia ofrece indelebles atractivos. No puede decirse que sus hijos, á quienes tan solícitos cuidados había prodigado, fueran felices, pues la reina de Nápoles, la duquesa de Parma, la regente de los Países Bajos, María Cristina y el archiduque Maximiliano tuvieron que abandonar sus dominios huyendo de la Revolución francesa; la infeliz reina de Francia fué guillotinado; el emperador José no fué afortunado ni en su matrimonio ni en el gobierno, y el emperador Leopoldo II vió destruida la alianza con Francia que con tanto orgullo y tantas esperanzas contrajera María Teresa.

V.—ESTADO MATERIAL É INTELECTUAL, 1740 á 1780

La agricultura.—La industria manufacturera.—Unión con Alemania.—Van Swieten, Riegger, Martini-Sonnenfels como periodista, como político y como economista.—Oposición entre las tendencias antiguas y las modernas.

El que compare el estado del pueblo austriaco durante el período teresiano con el de 1650 á 1750, encontrará en todas las esferas un innegable progreso de la libertad personal y de la cultura material é intelectual. El gobierno, en todas sus medidas administrativas mostró una tendencia popular, siendo ya una ventaja el hecho de que las cuestiones agrícolas y sociales llamaran mucho mas su atención y la de la opinión pública que lo que la habían llamado en los siglos anteriores. La explotación del suelo por medio del cultivo estaba en el espíritu del siglo XVIII y el gobierno teresiano, como el prusiano en los Estados centrales de Alemania, dió en este punto un buen ejemplo. Muchos en número fueron los decretos que se dictaron respecto de la vida municipal; de la conservación de los montes y bosques; de la distinción entre los bienes de los labradores y de los señores; de la construcción y conservación de carreteras, caminos vecinales y puentes; del encauzamiento de ríos, fomento del arbolado de los campos, sanidad y seguridad públicas. Desde el año 1764, existía en cada provincia una sociedad agrícola: protegió el cultivo del trébol y del lino; y la patata fué cultivada en Bohemia y Silesia desde 1734, en Moravia desde 1740 y en Carniola desde 1741. El Estado poseía un número infinito de terrenos cultivados por colonos, algunos de los cuales excedían en valor y extensión á los bienes de los propietarios particulares; pero la explotación agrícola y la condición social de los labradores en las comarcas alemanas eran muy distintas de las que se observaban en las bohemias.

En Austria, á orillas del Danubio y en los territorios de los Alpes, el labrador no era tan esclavo como en Bohemia y en Moravia. Los labradores alemanes, que habían conquistado antiguamente el suelo con el arado y el hacha, conservaban su libertad personal y el derecho á sus bienes y tierras. En Carintia había 800 poseedores de franco-alodios que, como los nobles, permanecían en sus propiedades y solo pagaban contribución al príncipe. Entre los labradores eslavos meridionales de allende el Drave, subsistía aun un resto de la servidumbre de la Edad media, pues estaban afectos al terreno y al suelo, si bien eran corporalmente libres y gozaban del antiguo derecho popular para contratar, contraer matrimonio y otorgar testamento. Por regla general las tierras fueron libres desde el siglo XVI y podían ser vendidas, arrendadas ó gravadas (1); pero la mayoría de los labradores siguió en servidumbre, es decir, sujeta al tributo y la corvea. El labrador podía ser desahuciado y el señor tenía el derecho

(1) R. Peinlich, *Historia de la servidumbre y dependencia en Estiria*, 1881, 94.

de retracto; los tributos no eran insignificantes y las lindes de los bienes de los labradores no estaban nunca seguras de ser respetadas. En 1748, la tabla agrícola señaló los censos permanentes, es decir, los bienes que eran útiles al príncipe del país ó á la agricultura, y en 1768 se introdujeron los registros de la propiedad. Los mismos ciudadanos de las ciudades vasallas estaban sujetos á la corvea. La vida y el trabajo agrícola eran en la llanura y en el monte diferentes entre eslavos y alemanes. En Carintia y en la Alta Estiria, muchos labradores eran adictos á las doctrinas protestantes, á pesar de las leyes de precaución dictadas por el gobierno y de que todo labrador que quisiese ser propietario debía hacer voto de catolicismo. Muchos labradores gozaban de gran bienestar, habiéndolos que dejaban 3, 6, 8 y hasta 30,000 florines en metálico. Pero á pesar de este bienestar de algunos, la clase de labradores era pobre: la agricultura y la cría de ganado, el cultivo de la vid y el del lino decaían; la industria en las comarcas llanas estaba tambien en decadencia, y el comercio exterior había cesado casi por completo. Un hombre de Estado para fomentar la industria del país propuso, en 1760, que se atendiera á las minas y fundiciones, que no se hiciera entrar en el ejército á los habitantes de las montañas, que se tratara equitativa y bondadosamente á los trabajadores, que se cuidara de los bosques y que se prohibiera la exportación de caballos. El gobierno, la nobleza y el clero estaban íntimamente ligados con la clase agrícola, pues la mayor parte de los terrenos pertenecían al clero ó á la nobleza, poseyendo el primero la tercera parte del territorio. En las comarcas de la corona bohemía, solo muy poco pudo reponerse la clase agrícola, de los males sufridos durante la guerra de treinta años que había destruido las aldeas, despoblado el país y asolado los bosques y los campos. La población había ido en aumento durante el siglo XVII, se habían hecho grandes explotaciones, propias de la Bohemia, y se había formado y desarrollado en las aldeas una industria manufacturera. Tambien allí preponderaban la nobleza y el clero. Durante los últimos años del reinado de María Teresa, es decir, en 1773, existían, segun la matrícula provincial de Bohemia, 14 príncipes, 142 condes, 79 familias de barones y 95 de caballeros. El valor de los bienes propios de los príncipes extranjeros ascendía á 12 millones y medio; las propiedades de los demás príncipes valían 46, las de los condes 116, las de los barones 10, y las de los caballeros 7 millones. La propiedad eclesiástica representaba un valor de 36 millones, y la de la Corona de 8. Los bienes de fideicomisos podían estimarse en 26 millones. El labrador, excepto en algunas comarcas alemanas, se encontraba sujeto á una servidumbre personal que hubiera aniquilado á cualquier otro pueblo débil. En todas partes se deseaba la supresión de la corvea, pero los señores podían alegar que esta era una propiedad por ellos comprada ó heredada. Como llevamos dicho, los decretos sobre la corvea dados en 1775 y 1777, disminuyeron las cargas que pesaban sobre los labradores é hicieron posible la supresión de la corvea, ó por lo menos la enfiteusis. Las medidas que dictaba el gobierno no siempre estaban bien escogidas: la repartición de las grandes propiedades rurales arruinó á una porción de familias trabajadoras, el cultivo de las moreras y la cría de gusanos de seda no prosperaron, los bosques se vieron mas talados que antes. La ordenanza de montes de 1754 fué una ley excelente, pero sus principios fundamentales pecaban de anticuados y su ejecución se hizo imposible. Los labradores no podían educarse por sus propias fuerzas: sus maestros en agricultura eran los propietarios, los administradores y arrendadores de las propiedades, los conventos y los señores de las ciudades. El profesor bohemio, Cornova, se quejaba de que la nobleza